



# Gloria Elena González Echeverri

Psicóloga y Especialista en Proyectos de Desarrollo con Perspectiva de Género  
Integrante Grupo Mujer y Sociedad

## Sosiegos urbanos

*A la memoria de mi abuela*

Aprendí a amar esta ciudad; a sus mujeres con todas sus diversidades y diferencias, sus paisajes con los cerros orientales que me ayudaron a orientarme física, social y emocionalmente. Me aproximé a ella a través de la construcción colectiva de la Política Pública de Mujer y Géneros y me dejé seducir, inundar, problematizar por este proceso. En mí día a día con mis prácticas reafirmaba que Bogotá era una ciudad rápida, asfixiante, fría –no sólo en su clima-, estresante, que dejaba poco espacio para ser, sentir, acariciar, para ir despacio.

De pronto me veo con todo el tiempo para mí y en mi búsqueda de otros espacios donde estar, sentir y ser redescubro los cafés; lugares cálidos, dulcemente olorosos; que me invitan a observar y escuchar con otros ojos; y allí comienzo a escribir historias que me regalan hombres y mujeres; historias cotidianas, simples, humanas. Descubro otra ciudad, lenta, reposada, acariciante, llena de pasiones. Desde mis procesos y para mí reinvento otra Bogotá a través de los cuentos que hacen parte de estos Sosiegos urbanos

### UNO

Me siento cómoda aquí; el olor, por oleadas, del café recién molido y servido, al igual que el ambiente cálido; poder ver los cerros, la neblina; ver la lluvia e

intuir su sonido; ver pasar las mujeres, los hombres, personas diversas. Imaginar sus conversaciones, ponerle palabras a sus miradas, sus gestos, sus formas de caminar, correr, esperar, encontrar, recibir, llegar, irse.

Se agolpan tantas sensaciones, sentimientos, pensamientos que me siento mareada. Estos días, cercanos a la muerte de un ser querido y maestra, en la distancia del tiempo entrecortado, he sentido que quiero ir más despacio; lento para mirar, tocar, sonreír, sentir, sentirme, pensar, crear, definir; dar oportunidad a otros seres, otras cosas, otros sentimientos, otras sensaciones, otros pensamientos, otras relaciones.

Acaban de pasar palomas volando; se me olvidaba que es otro privilegio que tengo en esta ciudad grande, fría, de la cual me enamoré. En plena carrera 13 con 53 puedo disfrutar de los cerros, las palomas, la calidez de un lugar con su olor a café y de las personas, que sin saberlo, me regalan sus cuerpos, lo que dicen, lo que intentan esconder.

Cuerpos que se relacionan, se acercan, se alejan; cuerpos que sonríen, lloran, comen, hablan, pelean, aman, odian, engañan, seducen, enamoran, roban, increpan.

Tantos rostros desconocidos, comparados, reconocidos. De pronto siento que quisiera ver un rostro conocido, reconocerlo, mirarlo; invitarlo a ser parte de este espacio mío para que por un instante sea nuestro.

## DOS

Otro sitio, otras personas; el mismo olor, igual aire cálido; murmullos, pero sobre todo voces masculinas. En este sitio mi atención dispersa se concentra en el adentro del lugar.

Hombres de traje, oscuros, serios, tan compuestos, tan aparentemente pulcros, limpios. Sus temas no son banales, sin atisbo de la cotidianidad del abrazo, la ternura, las relaciones que miran, tocan, sienten al otro, la otra en su humanidad. Los temas son “importantes”: El país, el Distrito, Petro, partidos políticos, proyectos locales, distritales.

Es curioso, de vez en cuando un asomo de otras humanidades: Un hombre de esos, como tantas veces he sido yo, sin siquiera unas monedas en el bolsillo. Se para en la puerta, se estira de esperanza y conchudez; se anima a entrar un poco; sus ojos escudriñan cada mesa, busca una cara conocida que invite aunque sea un café; si es afortunado estará seguido de un “almuercito”. Bastaría el café para mitigar, para quitar el hambre; además de la posibilidad de ser tocado por las palabras, aunque sea por unos momentos, para no pasar otro día con hambre de humanidad, para que su voz no sea la única que escucha.

Cuando estoy aquí siento tan lejana tan siquiera la posibilidad de una sociedad con iguales oportunidades para las mujeres. Es un mundo masculino; con gestos, lenguajes, sentados, parados, discursos masculinos.

Miro hacia la calle y pienso en el significado de las dos posibilidades que me dan los anteojos –gafas en sentido literal–, mi visión ya no es tan buena: Veo claro de cerca y las personas y acontecimientos de la calle son borrosos, algo confusos; veo lo general, se me escapan los detalles.

Hay un hombre joven (25-30 años), me mira con insistencia; le he mirado en dos ocasiones cuando creo

que no mira. Lo veo difuso –lo prefiero así–. Como nunca me he sentido una mujer bonita (lo pienso sin aspavientos) me pregunto sobre las razones de su interés; y pienso que debo parecerle un ser inquietante: una mujer en un mundo de hombres, sola, que no espera a nadie, que mira, se ensimisma, piensa y escribe.

## TRES

De un momento a otro me sentí triste, casi al borde del llanto. Mis ojos están inundados y las lágrimas quieren salir y otra fuerza interior se lo impide; no es el lugar apropiado, parece gritar mi garganta, mi “deber ser”.

Hace un rato llegó un anciano; con lentitud acomoda sus cosas en el rincón de un almacén cualquiera: Una silla, encima un cojín, un banco de madera sobre el que se sienta y una caja de embolador. Habla solo, murmura algunas cosas, pienso que reza. Ha estado mirando la caja y la silla que espera un cliente, las mueve solo unos centímetros para cada lado y parece que al final ha encontrado los lugares apropiados, los más adecuados.

No han pasado cinco minutos; llega una vigilanta del almacén y con gestos amables le pide que se retire y le indica otro sitio donde puede hacerse, por fuera de él, en la calle; él, resignado, recoge una a una sus cosas y comienza el ritual de acomodación en el lugar por ella indicado.

Pasan otros cinco minutos y de repente el ritual se invierte; levanta una a una sus cosas y se marcha lentamente hacia otro sitio. De alguna manera yo se lo agradezco. Estaba aumentando mi tristeza.

Él, sin saberlo, un ser humano para quien no fui nadie; no me miró, no me tocó siquiera con una mirada fugaz, desinteresada; y sin embargo provocó en mi estas líneas marcadas con su imagen, en mi recuerdo, mis sentimientos, mi dolor.

## CUATRO

Llovizna; pienso, siento que me gusta; se asoma un poco el sol y deseo que vuelva a ocultarse, que una nube amiga lo cubra y otras nubes se solidaricen con mi melancolía y soledad.

Ojalá lloviera más fuerte y la lluvia pudiera menguar este dolor que me abraza toda, queriendo ahogar mi esperanza, mi confianza en esas cosas pequeñas que ofrece la cotidianidad en el día a día: una sonrisa, un abrazo, una mirada cálida, pícara, cómplice; alguien que me invite a conocerle. Un alguien que se aferra, con las fuerzas que le dejan las peleas cotidianas, para seguir siendo humana.

La melancolía quiere convertirse en tristeza, quiere que la deje correr, inundar; yo me resisto. Tengo miedo de perderme y naufragar en ella.

## CINCO

Un puesto de venta de frutas: rodajas, pedazos, jugos. Un hombre afrodescendiente, su vendedor. Una familia extensa: Abuela, abuelo, hija todavía adolescente, yerno un poquito menos adolescente, nieto-hijo de más o menos un año, no camina y ya viene muy cerca el segundo.

Dos vasos pequeños de salpicón para todos y todas (tres hombres, dos mujeres, y un ser sin nacer). La abuela carga al bebé, el abuelo carga una caja, el yerno cuida el coche y ella carga al ser por nacer.

Las dos mujeres comen con avidez, el niño traga saliva e intenta hacerles saber su deseo, su necesidad; ellas no lo miran, no lo sienten; por fin la abuela permite que por unos instantes los labios del pequeño se mojen con un poco de jugo; el gesto de acercamiento fue tan rápido como el de retirada. El bebé saca la lengua, traga más saliva y la madre por fin le ofrece algo de fruta.

El abuelo se acerca rápidamente, coge el vaso sin preguntar y toma un poco de lo poco que queda. La chica embarazada gira lentamente y camina hacia el chico, un poco más que adolescente y le ofrece de su vaso; acepta con timidez, pero rápidamente se lo devuelve cuando el resto de la familia se acerca a ellos. Cruzan la calle: La abuela lleva el coche, el abuelo el paquete, el yerno lleva al bebé y la chica, apenas adolescente, un ser casi por nacer.

## SEIS

Un pedazo de galleta que se moja en el café; para hacerla más suave, más blanda, más masticable. Se come sin pausa, sin prisa. No es galleta lo que come, mastica, traga; por la forma de sentarse y encorvar su cuerpo; por como mira y se ausenta, más parece masticar un gran dolor; éste pesa más que su cuerpo, más que la esperanza, más que el amor.

Es tan inmenso y doloroso que lo debe partir en pedazos pequeños, mojarlos en algo que le produzca placer y mitigar esa sensación de pesadez, desasosiego, de no dejar pasar.

Podría comerse en seco su galleta-dolor y luego disfrutar del café; mas lo que decide es dejar pasar el dolor poco a poco, mojarlo en un café humeante, caliente; disfrutando de ese olor que la acuna, que la remite al recuerdo de abrazos cálidos y conversaciones de hermanas.

## SIETE

Parece estar mejor, dicen que está respirando por sí misma y yo tal vez queriendo creer, quiero verla distinta, con otros movimientos en su cara y en su pecho. Sus brazos y manos están hinchadas (por momentos me siento mareada).

No despierta, dicen que depende de ella; yo no entiendo o no deseo entender lo que significan esas palabras: ¿Si quiere? ¿Si puede? ¿Si ambas?

Hace dos días ofrecí el recuerdo de todos mis momentos felices, los medianamente felices, los apenas felices; incluso aquellos con tan solo un atisbo de felicidad; todos ellos a cambio de una muerte lo menos dolorosa, lo más rápida para mi abuela.

Sentí, creí que no saldría de esta; ahora hay en mí un destello de ilusión, le permito a mi cuerpo, a mi mente una posibilidad que alimento con esperanzas y con el deseo de tenerla junto a mi otros años. Volver a oír su voz, su risa, sus chistes pícaros. Poder hacer, por fin, la recopilación de los refranes, dichos y adivinanzas que guarda su memoria.

Y de pronto... principio de realidad (me mareo nuevamente). Recuerdo que no querías vivir más, estabas cansada de sentirte inútil, cada vez más; de todos los medicamentos, de no recordar. Querías vivir acostada, dormida. Y entonces con los ojos llenos de lágrimas, vuelvo y pido que tengas aún la fuerza suficiente para irte lo más tranquila posible y me pregunto: ¿Qué es lo menos egoísta?

Con fuerza y dolor te digo cuánto te quiero y lo orgullosa que estoy de ser tu nieta. Adiós viejita.